

UN VASTO Y ELEVADO PLAN DE EDUCACION



Por FRANCISCO DE A. SERRA TRENCH,
Profesor Numerario y Jefe de Estudios
del Instituto de E. M. "Infanta Isabel de
Aragón", de Barcelona.

SE han dado muchas definiciones de la educación, siempre en función de las preferencias, de las opiniones y de los sistemas filosóficos que han tenido cada definidor. A primera vista parecería un poco fuera de lugar incluir a Santo Tomás en un tratado sobre educación, pero no ha de parecer extraño en ningún caso, porque si bien es cierto que nadie suele hablar de sistema tomista de educación, sin embargo en un artículo sobre el Santo Doctor, por aquello de que se suele expresar todas las posibilidades de un personaje cuando a estudiarle se dedica la máxima atención y se pretende extraer todas las facetas de su vida, de su personalidad, de su pensamiento, por esto en la *Summa Theologica* se encierra, como vamos a intentar mostrar, el vasto desarrollo de una solución al vital problema educativo. En efecto, el propósito de Santo Tomás consiste, al fin de cuentas, en trazar una ruta para que el hombre pueda alcanzar su bien supremo y llegar a su fin último. Así como la moral es en todo caso el coronamiento de una metafísica, con mayor motivo el concepto de educación será variable acorde con la doctrina moral que se sustente y también del momento histórico en que esa doctrina haya germinado. Y esto es lo educativo, los jalones de la marcha, los pilares del edificio que Santo Tomás señala son tres: *Dios*, el fin; el *hombre*, el sujeto; *Cristo*, el medio más poderoso para unir al sujeto con su fin, el maestro por excelencia.

La educación supone siempre un tránsito, un proceso, una transformación, un pasar de un estado que se considera imperfecto, incompleto, provisional, a otro estado que es estimado como más perfecto, valioso y mejor. En la educación hay un punto de partida y uno de llegada. El punto de partida es el hombre. El punto de llegada es el fin, la forma ideal propuesta por el educador.

En el problema de la educación se presentan, pues, tres cuestiones: 1.^a) Punto de partida; 2.^a) Punto de llegada; 3.^a) Modos o métodos para realizar el tránsito, es decir, proceso de la educación. La última cuestión constituye el objeto propio y peculiar de la educación como ciencia y como arte, pero no ha de olvidarse que necesita una respuesta a las otras dos cuestiones. En efecto, ha de saberse con qué se cuenta y a dónde se va, mejor dicho, ha de precisarse el sujeto de la educación y su meta. Veamos por partes:

El hombre: Punto de partida. El Santo Doctor cuando quiere definir el hombre parte de las palabras del Génesis: "Dios creó al hombre a su imagen y semejanza". A su imagen, porque posee algo parecido a Dios: su alma. A su seme-

janza, porque aunque parecido tiene algo que le diferencia: su alma no es espíritu puro.

En este concepto el hombre adquiere una excelsa condición y una elevada dignidad sobre todos los seres creados, si exceptuamos a los ángeles. El hombre no es Dios, no es tampoco un ángel, pero ocupa una posición intermedia entre éste y los demás seres creados. Es una criatura de Dios en tensión natural hacia El; compuesta de cuerpo y alma; ésta de naturaleza simple, racional y libre, capaz de comprender a Dios por su inteligencia y amarle por su voluntad.

Condición esencial del hombre es su libre albedrío. Esto es su gloria, aunque haya sido también su ruina, porque la voluntad libre le hizo caer en el pecado, en la repudiación, en el castigo. Adán y Eva pecaron contra la ley divina, y este pecado original fue un relajamiento, un desorden que, radicando en la naturaleza humana, ha gravitado sobre todos los hombres. El hombre, pues, es un noble ser caído, desterrado, perdido por esta mancha persistente que ha debilitado, aunque no destruido, la inclinación de su naturaleza hacia el bien, conduciéndolo a la ignorancia, a la malicia, a la concupiscencia.

Ante esta situación sólo se abre una esperanza: la de que Dios mismo se ofrezca para redimir la culpa de su criatura. Por eso pueden distinguirse tres fases en el proceso vital de la Humanidad: el estado de inocencia; el estado de destierro por el pecado, y el estado de redención. Dios salva al hombre y con ello hace posible la educación. El es el educador en cuanto gobierna las cosas conduciéndolas a su fin último.

Pero el hombre no es un ser estático, pasivo, sino que actúa en él, desde lo más profundo de su ser, el apetito. Es, por consiguiente, un ser en tensión permanente hacia su propio fin natural, hacia su bien, es decir, hacia su plena realización. Aspira de una manera necesaria a levantarse; pugna por elevar su mirada a lo alto, por despegarse de la cárcel en que ha quedado aprisionado, por remontar el vuelo hacia las grandes alturas.

EL FIN ULTIMO: PUNTO DE LLEGADA

Las causas finales están en el principio, y cuando algo se hace, se hace para algo, incluso cuando parece que no se hace para nada. ¿Hacia dónde se encamina ese humano andar constante e inocente? No cabe duda ninguna que habremos de descubrir el fin y el destino del hombre en el hombre mismo. Allí donde se encuentra lo más profundo de nuestra persona, allí se esconde lo más divino que hay en nosotros, allí donde el tránsito hacia Dios es menos brusco y la capa que nos separa de El la más tenue, allí donde brota la fuente eterna de nuestros actos, allí donde radicalmente se es libre porque se es racional, allí, en el principio está el fin. Decía San Agustín: "Noli foras ire: in teipsum reddi: in interiori homine habitat veritas."

Recordemos que el hombre ha sido creado por Dios a su imagen y semejanza, y que no es un ser pasivo; su actividad habrá de consistir en cooperar a la acción perfectiva de Dios, y esta acción se dirige a hacer que la criatura posea una semejanza de imagen perfecta con Dios. Lo cual se logra por el conocimiento sobrenatural y el amor sobrenatural del mismo Dios.

Porque Dios es la Verdad, pero no la verdad en abstracto, sino una verdad personal a la que se ama de diferente modo como se ama a lo puro abstracto

o simplemente a un objeto caren:e de alma racional. ¿Qué puede significar la amistad con un teorema, con una piedra, con un animal? Podrá haber afición, interés, pero no amor ni amistad. Y el amor de caridad consiste en esto: en darse y ligarse a Dios en una mutua corriente de unión espiritual, o sea, en una verdadera amistad del hombre con Dios. El amor sobrenatural y el conocimiento sobrenatural, a que antes hacíamos referencia, son el último fin del hombre. Añadimos que ese amor sobrenatural es un amor de caridad a imagen y semejanza del que une a Dios Padre con el Hijo, no el amor frío, egoísta, que cabría en un inelectualismo estricto; porque la bienaventuranza no consiste ni en una actividad sensitiva ni en una actuación de la voluntad, sino en la actuación del entendimiento especulativo, si bien este conocimiento no es propio de las ciencias especulativas, sino una visión intuitiva de la esencia divina. Esta intuición es la única operación que puede satisfacer completamente la voluntad.

He aquí la razón de que la felicidad humana resida en la consecución del último fin por el hombre, porque entonces desaparece absolutamente la insatisfacción, el vacío, la oquedad nostálgica del alma. En último extremo la educación es hacer felices a los hombres.

EL PROCESO DE LA EDUCACION: MODO DE REALIZAR EL TRANSITO

Volvamos a insistir en el concepto de educación y podríamos afirmar que consiste en lograr una capacitación del hombre para que adquiera su perfección. Ahora bien, el hombre llega a su perfección cuando ha alcanzado su fin, así como cualquier cosa es perfecta cuando ha logrado adquirir plenamente su bien, que es el fin para el que ha sido hecha. Aunque parezca un contrasentido, diremos que el hombre se perfecciona llegando a ser lo más hombre que se pueda ser, llegando a ser el hombre ideal, y el hombre ideal será aquel que use mejor de sus mejores facultades.

El buen uso de una facultad se logra por la virtud, que es "una cualidad del alma por la cual vivimos rectamente y de la que no puede usarse mal." La virtud es el medio para alcanzar el fin último, pero como éste sobrepasa a toda naturaleza creada, ninguna criatura puede llegar a él sin realizar un movimiento que allí la conduzca.

Sin embargo, ¿puede el hombre alcanzar ese bien supremo, que es su fin último, a que naturalmente aspira y que se esfuerza por lograr? En otros términos, ¿es posible la educación?; y en caso afirmativo, ¿cómo es posible? ¿Puede el hombre realizarlo él solo? ¿Cuáles son los principales obstáculos que se oponen a ello? ¿Qué clase de ayuda necesita?

Es posible la educación porque el hombre puede alcanzar el fin último a que está ordenado, pero la beatitud no puede lograrse en esta vida, la cual precisamente por eso, no es otra cosa que un camino, una conducción, una educación que halla su meta en la otra, allá donde logra su perfección completa. Ha de tenerse siempre como norte esa meta; ha de haber además un guía y por último es necesaria una ayuda que haga posible la ascensión y que sostenga al hombre en su esfuerzo catártico.

Esta ayuda viene proporcionada por la gracia, que da Dios al hombre por dos motivos: Primero, por ser una criatura caída; de lo contrario, no podría nunca

librarse del pecado. Segundo, por estar destinado el hombre a un fin sobrenatural, pues si no de ningún modo lograría elevarse hasta él.

Por consiguiente, hay en la educación unos medios externos y otros internos: la ayuda de los demás hombres, la gracia, las virtudes.

CAUSA DE LAS VIRTUDES

Todas las virtudes están en nosotros *naturalmente* como aptitud, incoadas, pero no perfectamente, excepto las teológicas que nos vienen totalmente de fuera. Lo *natural* al hombre puede tomarse en dos sentidos: a) natural a la especie; b) natural al individuo. Lo que conviene al hombre según alma racional, le es natural según la razón de especie. Lo que le conviene según la determinada complexión del cuerpo le es natural según la razón de individuo.

En uno y otro caso la virtud es natural al hombre, pero en estado de incoación y no de consumación, porque en el *primer* caso tiene naturalmente ciertos principios tanto de las cosas cognoscibles como de las ágiles, principios que son como semillas de las virtudes intelectuales y de las morales, y en el *segundo* caso, por la disposición del cuerpo, unos están mejor dispuestos que otros para ciertas virtudes. Así uno tiene aptitud natural a la ciencia, otro a la fortaleza, otro a la templanza (S. Th. 1.^a-2.^ae, qu. 63, art. 1).

Luego tanto las virtudes morales como las intelectuales proceden de ciertos principios naturales preexistentes en nosotros. Las virtudes teológicas nos son infundidas por Dios en lugar de esos principios. Hay personas que tienen más aptitud para la virtud que otras. Así por ejemplo aquellas que no les cuesta gran esfuerzo el ser buenas; en este caso, la virtud se desarrolla de un modo suave y sin demasiada coacción exterior; pero en cambio, en las otras, en las que la resistencia a la virtud es ostensible, la educación ha de hacerse empujando desde afuera.

Para ello es necesaria *la ley*, la coacción, la fuerza, por tal de sostener las almas derechas, procurando que por el ejercicio venga la habituación y con ella la virtud.

El tratado de la ley de Santo Tomás, desde el punto de vista que enfocamos aquí, es principalmente una refutación anticipada de las teorías rusonianas que consideran bueno naturalmente al niño, y a la sociedad como su corruptora. Para Rousseau la educación consiste en dejar que las fuerzas naturales desarrollen su buena obra; la ley sobra; más aún, la ley es nociva.

CRECIMIENTO DE LAS VIRTUDES

Las virtudes pueden ser mayores o menores, más excelentes o menos, consideradas unas respecto de otras, pero nunca cuando se las mira en sí mismas.

Tomada una virtud *respecto de otra diferente* es más excelente la que se aproxima en mayor grado a la razón, porque la razón tiene un objeto más elevado que el apetito, un efecto es tanto mejor cuanto más próximo se halle de la causa.

Tomada *en su misma especie*, la virtud se llama mayor por la magnitud de

las cosas a que se extiende, pero no por ella misma, pues "la razón de virtud sólo admite lo máximo" (ratio virtutis consistit in maximo).

Sin embargo, también puede ser considerada en relación al sujeto que de ella participa y entonces la magnitud de la virtud depende de las diversas épocas en un mismo sujeto, o bien de los diferentes sujetos, que pueden estar mejor o peor dispuestos, ya sea por la asiduidad, ya sea por disposición natural.

A pesar de ello las virtudes participadas por un sujeto tienen una igualdad de proporción como los dedos de la mano, dice Santo Tomás, que no son todos del mismo tamaño, pero crecen proporcionalmente.

LAS VIRTUDES INTELECTUALES

No podemos en un artículo, por mucha extensión que se le quiera dar, referirnos a todas las virtudes, dignas de un estudio profundo como el que realiza Santo Tomás, ni siquiera analizar satisfactoriamente una sola clase de ellas.

A modo de ejemplo examinaremos someramente las intelectuales.

Cinco son las virtudes intelectuales: *la sabiduría, la ciencia, la inteligencia, el arte y la prudencia.*

El entendimiento tiene como objeto propio *lo verdadero*, que puede presentarse bajo dos aspectos: *patente por sí mismo y patente por otra cosa*. En el primer caso o aspecto es captado por la *inteligencia*, y así se llama inteligente (intus legere) a quien penetra rápida y directamente en una cosa, en un problema, en una cuestión; en el segundo aspecto lo verdadero es percibido, no inmediatamente por la inteligencia, sino por una búsqueda de la razón, lo cual implica un discurso. Y en este caso puede ocurrir que esto último que se busca y que condiciona todo lo demás sea lo *último* en algún género determinado de cosas cognoscibles, o bien que sea lo *último* respecto de todo conocimiento humano. En el primer caso tenemos *la ciencia*; en el segundo, *la sabiduría*.

"Y puesto que "las cosas que son posteriores en evidencia para nosotros son anteriores y más evidentes por su naturaleza" (como dice Aristóteles, Física, lib. 1, text. 2 y 3), así lo que es último respecto de todo conocimiento humano es aquello que por su naturaleza es primero y cognoscible en el más alto grado. Sobre esto versa la sabiduría "que busca las causas profundas" (Aristóteles, Metaf. Libr. 1, cap. I y II) (S. Th., 1.^a-2.^ae, qu. 57, art. 2).

Por consiguiente, hay diversas ciencias porque hay diversos géneros de cosas cognoscibles. La ciencia es un *estar encima*; conocer muchas cosas sin desorden, pero sin unidad, en cambio sólo hay una sabiduría porque sólo hay una primera causa.

Ese saber la primera causa es la sabiduría, porque la sabiduría es el conocimiento supremo, luz que ilumina y vivifica los conocimientos particulares, penetración aguda de todas las cosas por medio de esa visión, perspectiva grandiosa que resulta poética y artística; es la síntesis aplicada desde las altas cumbres. La metafísica llega a ser entonces algo vivo, y el metafísico, el que conoce lo que las cosas son viviéndolas y haciéndolas vivir en él.

Al lado de estas tres virtudes que arrancan de hábitos intelectuales especulativos, hay otras dos: *el arte y la prudencia*, que pertenecen al entendimiento práctico. El *arte* consiste en la recta razón que conduce a hacer una obra bien hecha en sí,

independientemente del apetito; es, pues, la recta razón de lo factible. La *prudencia*, por su parte, es la recta razón que lleva a hacer una obra buena exigiendo el apetito recto por parte del sujeto; es, pues, la recta razón de lo agible.

Se puede apreciar en seguida que estas dos virtudes tienen algo de común y algo de diferente. Lo común estriba en la recta razón, porque tanto el arte como la prudencia radican en la razón que ha de ser recta, pero mientras en el arte la razón se dirige hacia el bien de la cosa producida o hecha, en la prudencia va más allá y perfecciona al hombre.

El arte consiste en hacer una cosa bien hecha; la prudencia en hacer una cosa moralmente buena, en cuanto el hombre es un ser libre. La prudencia es la virtud consistente en guiar las acciones humanas conforme a los principios emanados de la razón: es *la verdad de la vida práctica*, pues sin ella no hay verdadera vida humana; es una virtud importante entre las importantes y necesarias al hombre porque le dirige hacia su fin prestando los medios debidos y convenientes, ya que en el obrar bien interesa no sólo lo que se hace, sino también de qué modo se hace.

LA EDUCACION Y LA VIDA

La filosofía de un tiempo a esta parte pretende girar alrededor de *problemas vitales* y, sobre todo, *urgentes*. Pero no sólo la filosofía, todo el mundo tiende a resolver "urgentemente" la papeleta de su *propia vida* y quiere vivirla libremente, quiere "vivir su vida".

Sin embargo, es curioso observar lo que acontece a esas personas empeñadas, o al menos deseosas, de "vivir su vida", porque son las que viven más aherrojadas a la vida que les marcan los demás.

Con todo ahora sólo nos interesa la relación que pueda haber entre la educación por una parte, y la vida que hemos de vivir por otra. Esa tendencia de la filosofía actual, de marcado carácter vitalista, origina un modo de hablar vago y confuso. *Se clama por una educación que prepare para la vida*. Pero se puede preguntar: ¿para qué vida? Sí, aceptamos que la educación para ser verdadera ha de ser vital, más ¿a qué vida nos referimos? En la vida del hombre intervienen muchos elementos factores: ¿Cuál o cuáles han de ser cultivados y excitados?

Ante todo habría que saber lo que se entiende por vida. Santo Tomás da esta definición general: *Vivum est ens cui convenit secundum suam naturam movere seipsum ad operandum*.

Lo que más conviene a un ser es lo propio y a ello es a lo que más se inclina y en donde encuentra la mayor *delectación*, puesto que el *bienestar* de una cosa consiste en la consecución del fin, que es donde descansa.

Para ello procura encontrar *simpatía* en los demás; el hombre se rodea de amigos y copartícipes en sus funciones y en sus *aficiones*, y a ellas *ordena toda su vida*. Esta es la razón de que se sienta impulsado a comunicar a los otros su pensar y su sentir en un anhelo indescriptible de que todos piensen y sientan como él y con él.

Pero el hombre tiene sus funciones que por radicar en lo más elevado de su ser, le son propias: las derivadas de la razón, sus actos han de estar marcados con el sello de lo racional. Si no queremos arrebatarle la condición de hombre, hemos de valorar tan sólo la vida intelectual, entendida como vida razonable, y

desechar por completo la vida voluptuosa, cuya finalidad se concentra sobre el deleite del cuerpo, por lo que no merece llamarse sino *vida bestial*.

Hay otro punto importantísimo. Nos hemos referido a la vida natural, pero hay otra clase de vida para la cual se ha de preparar el hombre educándole, pues Santo Tomás señala como meta del hombre la otra vida, la vida de la que ésta no es sino preparación. El fin del hombre consiste en la vida sobrenatural: para Santo Tomás el fin último consiste en la beatitud, que es visión intuitiva de Dios y amistad íntima con El, entonces es cuando el hombre logra su perfección. Pero en la vida natural cabe una aproximación, acercamiento que vendrá ayudado por la educación. Esto es lo que nos importa ahora aquí.

LA VIDA PERSONAL

Ningún hombre es igual a otro hombre. Sin necesidad de meterse por los terrenos, ya muy trillados, de la caracteriología puede hablarse de un principio de individuación que, ateniéndose a la doctrina tomista, reside en la materia.

De la constitución física de un individuo depende en gran parte su modo de actuar, en una palabra: el temperamento, ya Hipócrates había hecho una de las primeras clasificaciones, influye en el carácter.

Hay marcadamente dos tipos de hombres, en primer lugar el hombre de actividad; numerosas son las personas de esta clase que conocemos y decimos de ellas que no pueden estar sin hacer nada, y queremos decir que su entendimiento proyecta siempre hacia el exterior: está vertido hacia afuera en mil realizaciones; tienden a la compañía, que no es igual que la amistad, y se lanzan a la empresa casi por la misma empresa. Son motores a veces peligrosamente desquiciados y disparados en cualquier dirección. Parecen ser los más afectivos por su extra-versión. *Son los activos*.

Por otra parte, hay el hombre concentrado, ensimismado, que no quiere decir egoísta. Son los que gustan del reposo y de la tranquilidad externos, y huyen del bullicio buscando la soledad para ellos eminentemente fructífera y constructora; los solitarios, los buceadores de su alma y de su espíritu. *Son los contemplativos*.

Ambos grupos tal como aquí quedan caracterizados representan una imperfección en su género; bien se ve que cuando se habla de *verdadera vida personal activa* se quiere decir una vida que esté regida por la razón, y cuando de la *contemplativa*, aquella que en último término se dirige a Dios veriéndose en la acción.

Podríamos hacer varias clasificaciones secundarias distinguiendo innumerables matices dentro de cada grupo y con arreglo a esto la vida se dividiría exhaustivamente en activa y contemplativa (S. Th. 2.^a, 2.^a-qu. 180, a. 2.), pero existiría mezcla de caracteres; en efecto, en la vida personal individual esa mezcla se da, más según predominen los de uno u otro tipo de vida, se llama a la persona activa o *contemplativa*.

¿Cuál de estas dos clases es la mejor? Ambas están regidas por la razón, puesto que hablamos de la vida humana, sin embargo, mientras la contemplativa se aplica a la contemplación de la verdad, la activa se dirige a la acción exterior conforme a la razón.

La vida personal o individual no es más que la aplicación de las facultades a una actividad en la cual halla el sujeto el máximo placer y satisfacción.

Ahora bien, esto depende de la naturaleza de cada persona y de la voluntad de Dios. "Los que son inclinados a las pasiones, por su vehemencia en el obrar, son más aptos para la vida activa a causa de la inquietud de su espíritu... Mas algunos tienen naturalmente pureza y quietud del alma, y estos perderán, si del todo se destinan a la acción (S. Th. 2.^a, 2.^a-qu. 182, a. 4, ad. 3.).

Por eso, al precisar el concepto de vida individual o personal, se ha de atender, no sólo a las características generales de la vida humana, sino también a las peculiaridades de cada individuo en concreto, el cual se sentirá inclinado hacia una clase de objetos por una serie de factores de los que no es el menos importante el de su constitución orgánica. Aquí interviene el atractivo que un determinado género de cosas pueda ejercer sobre el individuo, moviendo su voluntad y poniendo en marcha su actividad intelectual hacia la consecución del fin particular propuesto.

IDEAL DE LA EDUCACION NATURAL

En bien pocas palabras puede expresarse el ideal que Santo Tomás señala a la vida personal natural. Consiste en la *ordenación* de las actividades humanas individuales.

El orden de las cosas estriba en la relación que guardan entre ellas, pero como esta relación depende de la que cada una tiene con su fin, concluiremos que el *orden* dice relación de las cosas con su fin.

El fin del hombre es amar y contemplar a Dios, y en consecuencia, su vida individual será *vida ordenada* si se atiende a su último fin. La voluntad, que es el principio de actos necesarios en cuanto tiende forzosamente al Bien en abstracto, es, sin embargo, *libre* en escoger los medios para llegar al fin. Sobre que hay un *desorden* producido precisamente por esa libertad que posibilita el pecado, existen además muchos fines particulares a los que puede dirigirse lícitamente el individuo siempre que los subordine al fin supremo.

Es obvio que la ordenación de la vida humana reside en la inteligencia y en la razón; sólo la inteligencia puede entender el orden y sólo ella puede originarle. Por eso, la vida moral, la conducta, viene ordenada, es decir, dirigida al fin último por la razón.

El entendimiento especulativo ordena al hombre a la contemplación de la verdad, adquiriendo así la virtud de la *sabiduría*, que es la virtud reina en la vida contemplativa y proporcionaría al hombre la felicidad en el caso de que fuese perfecta, pero "como el acto de la sabiduría en esta vida es imperfecto respecto a su principal objeto, que es Dios, por eso el acto de la sabiduría es una cierta incoación o participación de la felicidad futura" (S. Th. 1.^a, 2.^a-qu. 66, a. 5, ad. 2.)

El entendimiento procura también el conocimiento práctico por el que el sujeto ordena su acción y por medio de esa se dirige al fin, para lo cual es indispensable la posesión de otra virtud: la *prudencia*, como ya hemos dicho al principio.

El ideal de la educación natural será, pues, la ordenación que el hombre ha de imponer en su vida personal para que sus acciones se dirijan directamente, por medio de la vida contemplativa, o indirectamente, por medio de la vida activa, al último fin, que en todo caso es Dios.

Por tanto la sabiduría puede manifestarse bajo una forma contemplativa o bien bajo una forma práctica (S. Th. 2.^a 2.^a-qu. 45, a. 3), y así considerada conduce del

modo más perfecto a la verdad. En la verdad descansará el hombre, porque en la Verdad encontrará su perfección.

Entre tantos desvaríos de la razón humana, la misión primordial del educador ha de consistir en ser testigo perenne de la Verdad para obtener un vasto y elevado plan de educación.

El amor a la Verdad fue la pasión central del Angélico Doctor durante toda su vida, será entonces legítimo aplicarle las palabras que el Divino Maestro dijo de sí mismo: "Para esto he venido al mundo; para dar testimonio de la Verdad" (Jo. 18, 37). Para servir a la Verdad, ha llevado hasta tal extremo la renuncia de sí mismo que ha esfumado por completo su personalidad propia, para mostrárnosla únicamente a Ella. Santo Tomás se ha hecho, para contemplar la Verdad, todo ojos. La belleza de estos ojos y del espectáculo que en ellos se refleja ha sido un don especial de Dios a su Iglesia. Desde entonces, ésta viene complaciéndose en considerar a su través la naturaleza toda, índice mudo que apunta al Creador.

Se ha dicho que no fue en su tiempo, en el siglo trece, sino en el nuestro, en el siglo veinte, cuando la obra de Santo Tomás debe tener su plena eficacia (Encíclica Pío XI "Studiorum Duce"). Y ciertamente, nunca como ahora la Verdad se ha visto más alejada de nuestra humana sociedad. Vemos por doquier el dolo, el trapeo y la hipocresía; el abandono de toda norma ética, la desfiguración voluntaria de los más ltos ideales, y esto en el inspirar como en el ejecutar, en el combate como en la tregua, entre amigos y entre enemigos; y eso a ciencia y paciencia nuestra, que, advertidos por los grandes educadores, culpablemente cerramos los ojos al engaño.

Si la sana doctrina se ha hecho insoportable a esta generación disipada; si ha preferido rodearse de falsos maestros y educadores que adule su vanidad y de falsos dirigentes que corrompan sus costumbres dando pábulo a sus perversos deseos, luchemos con tesón por lo menos nosotros los educadores para devolver a tantas víctimas la verdad verdadera, *educando e instruyendo*, luchemos para devolver a la sociedad actual Aquel que es el primero de sus bienes: de suerte que de nosotros pueda decirse lo que atribuíamos a Santo Tomás de Aquino: "que nuestra vida ha sido constante testimonio ante el mundo de esta Verdad que debe hacerse libre".

De aquí que el educador ha de procurar esa ordenación, mejor subordinación, de las actividades del educando, sin violentarse excesivamente. No habrá de intentar dirigirle hacia la vida contemplativa si es que no tiene aptitud natural, porque de ello podría seguirse graves consecuencias. No todos los hombres pueden hacerse a la contemplación sin peligro para la estabilidad normal de su persona, pues acostumbra ser contraproducente el forzar la inclinación.

En cualquier caso, antes de entregarse a la vida contemplativa, han de domarse las pasiones y corregirse los malos hábitos; es decir, entregarse a la vida activa, porque de lo contrario, lo más probable es que surjan conflictos internos, como la impaciencia y la cólera.

En todo caso la labor educadora consistirá en favorecer el desarrollo de los gérmenes de virtud que naturalmente tiene el hombre, provocando y conduciendo las facultades aletargadas hacia el perfeccionamiento que quepa en cada educando.

Sobre todo es necesario que el sujeto de la educación actúe, obre sobre sí mismo bajo una dirección adecuada, de tal modo que no se convierta en un almacén, sino que él mismo sea un sistema de máximas, de principios y de conocimientos, urdidos íntimamente entre sí y con su espíritu para constituir una unidad,

una armonía que no por eso podrá llevar al alma a ese reposo y a esa tranquilidad anheladas, pues o que esto sólo puede lograrse cuando la unidad y la armonía devienen unidad y armonía perfectas en el íntimo conocimiento y contemplación de la Verdad.

Así no interesa tanto el que el educando reciba un cúmulo de conocimientos, eso sería pura instrucción, como el que sea capacitado para adquirirlos por su cuenta, eso sería la educación propiamente dicha.

Y eso ha de procurarse por el ejercicio, partiendo de aquellas semillas. La educación es un cuidado de esos frutos potenciales; un especial cuidado para que no se malogren.

Y el cuidado ha de ser proporcionado a todos los factores que llevamos enumerados para obtener una vasta y elevada educación; de lo contrario se aboca a una educación *exclusivista e inesencial*; exclusivista porque se centra en uno de los varios aspectos que encierra la naturaleza humana; inesencial porque no se fija en lo que constituye la esencia del hombre.

Con alguna frecuencia se olvida que la educación es producto de tres factores: el hombre, la sociedad y la gracia. Los tres factores, discernibles por el intelecto, son en realidad inseparables en su actuación, y medios indispensables para este proceso educativo del hombre que ha de conducirle hacia la suma perfección y la Verdad.

En la verdad descansará el hombre, porque en la Verdad encontrará su perfección. Sí, la educación ha de preparar para la vida, pero para esa vida que consiste en un esfuerzo constante por acercarse a la Verdad. Con ella y viviendo en ella, el hombre hallará la felicidad.

"Sistemas y técnicas educativas"

Cursillo en el Instituto "Ramiro de Maeztu"

El Instituto de Ciencias de la Educación, de la Universidad de Navarra, ha desarrollado en el Instituto "Ramiro de Maeztu", de Madrid, el cursillo "Sistemas y técnicas educativas", dirigido a profesores en ejercicio que desean continuar su perfeccionamiento como profesionales de la educación. Asistieron profesores de Centros oficiales y privados de gran parte de España que ejercen sus tareas educativas en el campo de la enseñanza media y profesional.

Dirigido por los profesores Oliveros F. Otero y Gerardo Castillo ha tratado de temas referentes a objetivos, técnicas, orientación, medios audiovisuales y enseñanza programada en sesiones de trabajo que han durado del 15 al 20 de mayo. El programa que se ha desarrollado tiene por finalidad revisar los objetivos y técnicas de enseñanza, enfrentándolos con las necesidades actuales y teniendo en cuenta los medios que poseen, a fin de obtener el mayor rendimiento del trabajo de alumno y profesor, con vistas al futuro desenvolvimiento del alumno de acuerdo con unos criterios de libertad responsable.